



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 41.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

7 Noviembre de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

La calumnia, por Fernan Caballero.—**Tabita**, novela, por don Joaquín José Cervino.—**Caridad**, poesia, por don Bernardo Lopez Garcia.—**Calvario y redencion**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**.

LA CALUMNIA.

Habia una niña muy hermosa, criada por sus padres con mucho recato y temor de Dios, que muy jovencita tuvo la desgracia de perderlos. Vivía retirada, no salia mas que á la iglesia por la mañana temprano; no iba á parte alguna, sino á casa de una buena vecina, mujer honrada, que le proporcionaba costura con que mantenerse.

Pero las miradas de los hombres corrompidos y disolutos penetran mucho, como las de los basiliscos. Así fué que varios de estos inícuos, que abundan en todas partes, se propusieron enamorar á la hermosa niña, y sacarla de la buena senda; pero lo que hicieron al intento fué en vano; su corazon, sus oidos y su casa permanecie-

ron cerrados á toda seducccion, como el paraíso cuando lo guardaba el ángel del Señor

Exasperado el mas audaz y el mas malo de todos, la amenazó con que se vengaría si se mantenía en no darle oidos; y cuando vió que ni por temor á sus amenazas accedía la niña á sus ruegos, púsolas por obra deshonrandola por todas partes.

Como el mundo está siempre dispuesto á creer todo lo malo que del prógimo se dice, la pobre niña quedó al poco tiempo disfamada.

Veía la inocente que los mismos que antes la querian bien y la saludaban, la miraban con desvío y con sonrisa burlona; que las gentes honradas que antes la hablaban, ahora le volvían la espalda; y no atinaba con la causa de estas mudanzas, hasta que, por último, su buena vecina se lo manifestó, añadiendo que sentía por el afecto que la profesaba tener que decirle que en adelante no podia permitir la intimidad que con sus hijas tenía, porque aunque no fuera cierto lo que de ella se propalaba, era el hecho que habia perdido su buena fama, y que la de sus hijas padecería si se trataban con ella.

Un rayo no hubiera podida herir y anonadar



en mayor grado á la pobre niña de lo que la hirieron estas palabras. Retiróse á su aposento llena de dolor y de vergüenza, y cayendo de rodillas, suplicó al Señor que si era su voluntad, y no le ofendía con este deseo, que sometía en un todo á sus mandatos, la llevase á sí, sacándola de un mundo en el que, como flor agostada por el hálito de una serpiente no habia lugar para ella en el vergel de las gentes honradas. Y como si Dios hubiese accedido á la plegaria tan honesta y justamente motivada, desde aquel dia empezó á enfermar aquella rosa, marchita por el vil gusano de la calumnia.

Veamos ahora como el alma vil que habia robado á esta inocente su único bien, su buena fama, andaba tan descuidado viajando por esos mundos, y siguiendo su viciosa vida cual si no hubiese de morir nunca. Sucedió que la capital en que á la sazón se encontraba, fué súbitamente invadida por una espantosa epidemia.

Las epidemias, cuyas causas y origen no ha podido aviriguar el hombre, que tanto sabe, que quiere explicar á Dios y no explica la causa de una dolencia de su cuerpo qué á la vista tiene; las epidemias, digo, los terremotos, las tempestades y otras calamidades, son avisos que Dios envía al hombre para que entre en sí y retroceda del mal. Muchos desatienden estos avisos; pero tambien á otros les sirven de gran provecho, haciéndoles entrar en sí y echarse en brazos del solo que socorre y salva.

Uno de estos afortunados fué el calumniador, cuya conciencia despertó cuando se vió cerca de la muerte, y le puso patente ante los ojos, como un santo juez, la enormidad de su culpa; lo que le aterró tanto, que estando cercana la corte de Roma, marchó á ella, se echó á los piés del Sumo Pontífice, y le confesó su pecado. Su Santidad le puso por condicion para absolverle que remediara del modo que pudiese el daño que habia causado, y le dió por penitencia que entrara á orar en las iglesias que en su viaje de vuelta hallase á su paso.

Así lo efectuó sumiso el penitente.

Llegó á su pueblo en una hermosa noche de luna y al pasar frontero á la iglesia, extrañó ver la puerta entreabierta y el interior alumbrado. En cumplimiento de la penitencia impuesta, entró á orar; pero ¿cual sería su asombro cuando vió en medio de la nave un féretro, que alumbraban cuatro blandones, cuya luz grave, clara y serena cuando posa solemne sobre un cadáver, parece el alba del resplandeciente dia sin noche de la eternidad!

—¡Infeliz! Pensó al divisar aquel abandonado cadáver, que no tuvo casa en que quedar deposita-

do, y pidió á Dios la suya, que presta su divina Magestad á los desamparados. ¡Desdichado, que no tuvo parientes, deudos ni amigos que le velasen, y acudió á que lucieran estas luces de la iglesia; que del mismo modo honran y alumbran el cadáver de los poderosos que el de los míseros!

Acercose al féretro, y retrocedió aterrado. En él yacía el cadáver de la flor que vil calumnia ajó, y que mataron dos roedores gusanos, el dolor y la vergüenza.

Huyó despavorido; pero encontró las puertas de la iglesia cerradas. Cada vez mas asombrado, trató de esconderse; pero ¿donde, que ante los ojos no tuviese aquel féretro colocado en medio del templo en el centro del foco de luz que esparcian los blandones?

Sus ojos fijos, espantados, no podian desviarse de aquel cuadro de terror y de irresistible atracción.

Entonces vió que la muerta levantó su escuálida cabeza, y que como si le faltasen las fuerzas se volvió á dejar caer.

El infeliz, extraviado por el espanto, huyó á otro lado; pero ninguno estaba tan apartado que no llegasen á él la luz de los cirios, ni tan desviado que no alcanzaran sus miradas al centro.

Vió entonces que la muerta se incorporó y se sentó en el ataúd: pero tambien esta vez parecieron fatarle las fuerzas, y volvió á caer en la caja. Finalmente, por tercera vez se incorporó, y saliendo del féretro, dirigióse con paso lento hácia él, que postrado de rodillas, las manos cruzadas, los ojos extraviados, empezó á decirle:

—¡Perdona, perdóname, piadosa! ¡Sabe que he reconocido mi enorme delito! ¡que me pesa, me pesa!.... y que peregrinando venía con el encargo y la firme intencion de restituirle la buena fama que en mal hora te quité.

La muerta, con en gesto, le mandó que le siguiera. Encaminóse, seguida por él, á la pila del agua bendita, y llegado que hubieron á ella, le hizo seña de que la vaciase. Trémulo y desalentado, apresuróse á cumplir lo mandado. Cuando la pila estuvo vacía; le dijo la muerta con voz grave y sonora:

—Recoge ahora el agua vertida y vuelve á llenar la pila.

Asombrado quedó el penitente de tan extraño mandato.

—¿No ves, exclamó, que no existe ya el agua que el suelo la ha sorbido, que es imposible volver á recoger ni una sola gota?

A lo que la muerta repuso en tono solemne:

—La buena fama en el hombre es como el



agua bendita en la pila: si una vez se derrama, no podrá el que la derramó recogerla y restituirla.

El joven lloró, y arrepentido entró luego en un convento en que hizo una vida ejemplar y penitente y donde murió en opinión de santo.

FERNAN CABALLERO.

## TABITA.

NOVELA RELIGIOSA.

(Conclusion.)

El niño empezaba á confundirse.

—Yo le buscaré: yo le veré: yo le diré: Rabb, haz que Gamul torne á ser lo que fué para mí siempre. Señor, dile que se aparte de las vías de la impiedad y no seguirá en ellas. Señor, dame la felicidad en este día.

Dijo, y tomando otra vez la mano del pequeño, avanzó hacia la ciudad, que muy cerca se mostraba, no ya como Agar cuando marchaba por el desierto, sino como Judith cuando volvía vencedora de Betulia, irradiando en su frente la hermosa luz de la esperanza y del contento. ¡Cuán fácilmente se deja arrastrar el corazón humano por las ideas que le son gratas ó que le prometen consuelos, sí, como Tabita, padece! Tan embebida caminaba esta, que no vió á un anciano de calva y respetable frente, el cual, con los ojos llorosos, pasó por su lado; ni le oyó exclamar casi al mismo tiempo entre profundos suspiros:—¡Pedro, Pedro! ¿Qué es lo que hiciste? te has cubierto de oprobio: ¡cobarde! ¿Tendrás ahora bastantes lágrimas para llorar tu pecado?...—¡Ah! Ni reparó tampoco en el terrible estremecimiento con que el mismo anciano vaciló de repente en medio del enramado camino de Betania, como si el canto de un gallo que se escuchó en las cercanías hubiera sido la punta de una flecha clavada de repente y en aquel mismo instante en medio de su corazón. Tabita adelanta algunos pasos más, absorta en sus proyectos y meditaciones, cuando se encuentra ya en la puerta de la ciudad de David. Miró y vió desiertos los bancos de piedra del tribunal en que los ancianos de Israel hacían justicia al pueblo: miró y vió cerradas las tiendas de los artifices, negociadores y comerciantes: miró y no vió á los hijos de Betagla, de Rama, ni de Emaus, que solían vender palomas y corderillos para los días de los ácidos: miró y solamente se encontraron sus ojos con la adusta

faz de un soldado del pretorio, que con brusco ademán, hiriendo el suelo con el cuento de su lanza, y en lengua medio hebrea y medio latina:

—Adelante, dijo, adelante. No es permitido pararse hoy, ni esperar, ni observar...

—Pero ¿qué sucede?

—¡Adelante, hebrea! ó juro por los dioses del imperio, ó por el mismo Hércules...

Antes de que el soldado romano acabase de hablar, estaban ya distantes de él la madre y el hijo, asustado y temeroso este, sorprendida aquella, que no había entendido más que las dos primeras palabras del guerrero. Principiaron á caminar por las calles de la ciudad, con ánimo de dirigirse á los atrios del templo, donde Tabita esperaba encontrar entonces á Gamul ó cuando menos á María la de Magdalo, amiga íntima del profeta de quien tanto esperaba nuestra heroína, la cual había trabado alguna amistad con aquella pocos días antes en Betania, donde supo lo que en casa de Simon el leproso, había hecho la Magdalena con Jesus. Pero al cruzar las calles desiertas, al ver cerradas las casas que por costumbre y ley debían en aquellos días estar francas para todo forastero judío, Tabita añadió una zozobra más á las zozobras de su espíritu, y principió á temblar como la hoja en el árbol. Llegaba ya á la vía de los caballos, é iba á subir la cuesta del templo, cuando una súbita gritería que se escuchó hacia el occidente, le indicó que toda Jerusalem se encontraba en los atrios de Gabatha, ó palacio del pretorio, y dirigiéndose por la calle de Benjamin. A poco sintió gente que llegaba corriendo, apartose á un lado con Abed, y dejó pasar una turba armada con palos, y en la más completa embriaguez, según coligió por las cortadas palabras que pudieron llegar á sus oídos.

—El vino me ha vuelto las fuerzas que agoté azotando al rey de farsa. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Corramos que ya debe ir á morir...

—Pero ¿que! nadie tan decidido como Gamul el de Betania.

—Gamul es el mas digno fariseo...

—¡Hosana á Gamul!

Indescriptible es el estado en que quedó Tabita cuando pasó aquella gente desalmada. Ya no podía dudar: su esposo estaba con ellos; su esposo, beodo también se había olvidado de ella y de su hijo, y... ¡pobre corazón humano! Tabita se alegraba de que solo el vino hubiera sido la causa de la indiferencia de Gamul. ¡Pobre Tabita! Maquinalmente siguió las huellas de los alborotadores, y al desembocar de una calle encontró la inmensa multitud de Jerusalem que se



estrechaba, se empujaba, se comprimía, cedía ó avanzaba como las olas del mar en un día de tormenta. Tabita iba á preguntar á unos samaritanos que estaban á sulado, pero una oleada de la multitud la apartó de aquel sitio juntamente con Abed, y no le dejó que hablase. De repente mira alzarse tremebundo clamoreo, vé que todas las frentes se vuelven hácia el punto mismo, como las ramas de los sauces impelidas por el viento de Mediodía: oye el ronco sonido de las trompetas, mezclado con las imprecaciones y blasfemias de los mas, con los suspiros de los menos, con los gritos de casi todos: distingue los estandarte del imperio, las aguilas de las legiones, las picas de los soldados, los palos de los judíos dementes; y sin saber donde estaba, ni si lo que veía era un sueño, se dirige á tres ó cuatro doncellas que la casualidad habia puesto á su lado, y les dice:

—¡Vírgenes de Sion! yo os conjuro por lo que mas queráis ¿que es esto?

—¡Mirad al infeliz, mirad como le llevan,... á morir!....

Y mostrando con el dedo al hijo del hombre, del que apenas quedaba la figura, y que ensangrentado, coronado de espinas jadeando, herido, escarnecido, martirizado, llegaba en medio de aquel aparato diabólico, conduciendo sobre los hombros la pesada cruz en que debia espirar.

—¡Mi esperanza!...—esclamó Tabita.

—¡Desgraciado! dijeron sus compañeras. Y unas y otras empezaron á llorar amargamente. Jesus las vió, y derramando sobre ellas con una mirada inefable toda la caridad que no pudieran abrigar las legiones reunidas de los mismos ángeles del Señor, les dirigió la voz, aquella voz á cuyos ecos se inflamó el sol en los espacios de la inmensidad; mugieron las olas del mar sin traspasar su débil valla de arena; se vistió la tierra su hermoso manto de flores, como una esposa para aguardar á su esposo; y las avecillas cantaron, y saltaron los cabritillos, y el hombre sintió latir su corazón, y levantó su frente coronada de resplandores por la primera vez como Rey de la naturaleza. ¡Bondad! Aquella voz que habia dicho á Lázaro enterrado de tres dias, levántate; y á cuyos ecos se habia levantado Lázaro; aquella voz que hubiera podido disipar los verdugos como el huracan las mas livianas aristas, sonaba solo para derramar consuelos, diciendo á Tabita y á las que estaban á su lado;

—Hijas de Jerusalem no lloreis por mi, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.

Pero ¡Dios mio! ¿que es lo que ha visto Tabita, que de repente se han secado las lágrimas

de sus ojos, ha abandonado la mano de su hijo, ha lanzado un grito de dolor, venciendo los gritos de rabia y maldicion de los judíos, y ha caído desmayada en brazos de las doncellas? ¡Oh! ya ha visto, ya ha encontrado á su marido: un fariseo cubierto de polvo, bañado en sudor, manchado con sangre del justo, blasfemando, maldiciendo, tirando con toda su fuerza de las cuerdas con que iba atado el Santo de Israel. es Gamul, Gamul el de Betania, Gamul, consorte de Tabita y Padre de Abed, Gamul, ébrio de vino, de iniquidad y de coraje.

Cuando la infeliz israelita volvió en sí, merced á los cuidados de las hijas de Jerusalem que no la habian abandonado, ya estaba la calle enteramente desierta, habia pasado la infernal comitiva, y solo se escuchaba un confuso rumor, como si estuviera cercano el mar, y mugiesen las olas despues de una deshecha borrasca. Abed lloraba y decía:

— Madre, despierta, despiértate,

Y Tabita abrió los ojos desencajados, abrazó á su hijo sin derramar una lágrima, mostró su gratitud á las piadosas mujeres inclinando la cabeza, y les dió á entender por señas que ya no necesitaba su socorro; estas partieron. Tabita no sabía que hacer, no podía pensar, estaba tambien abrigado, pero de dolor, pero con el vino de la tribulacion, cuya copa no se apartaba de sus lábios. De repente cree que le falta luz en sus ojos, pasa la mano por ellos, mas no estaba en ellos la causa. Sería como la hora nona, y el sol se apagaba, la luna se muestra en el Cielo como un ancho escudo de sangre; la tierra tiembla, las piedras se chocan, rásgase el velo del templo, huyen graznando las aves de las tinieblas, ladran los jacaes, el orbe vacila, braman los truenos, estallan los sepulcros la creación se hunde...

¡El Dios que se hizo hombre acababa de morir crucificado! Tabita iba á desmayarse otra vez; Abed habia escondido la frente en el regazo de su madre, cuando de entre un grupo de foragidos que volvía del Gólgota, riñendo desaforadamente sobre la legalidad de una suerte echada para la adjudicacion de una túnica inconsútil, partió quejido de muerte. Un samaritano acababa de matar á un fariseo en medio de la disputa. Tabita habia escuchado el último suspiro y la postrera imprecacion de Gamul. ¡Oh! desgraciada mil veces, desgraciada Tabita! ¡Moriría tambien de dolor y desesperacion? No, no; ella habia pedido al Señor la felicidad en aquel día, y el Señor habia escuchado su plegaria: ella habia esclamado al ver á Jesús: «¡Mi esperanza!» y no se pudo engañar. Jesucristo ha-



bíale dirigido la palabra en el día de su redención, y un rayo de la gracia divina bajaría con los ecos de aquella palabra hasta el corazón de Tabita.

¿Abrazaría la religión de los tristes y de los que lloran? Hay quien cree que trasladó á Jope su residencia; y no sabemos si sería esta misma Tabita la viuda cristiana que S. Pedro resucitó yendo á Lidia, como leemos en los hechos de los Apóstoles, lo que aseguramos es, que Tabita fué cristiana: de otro modo no hubiera resistido sus males: hubiera muerto ó se hubiera vuelto loca.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

### CARIDAD.

No hay dolor; desde la luz  
pura, espléndida, divina,  
que brota de la doctrina  
que se levanta en la cruz.

Para el corazón que sabe  
lanzarse del mundo al cielo,  
no hay lágrimas sin consuelo,  
no hay pena que no se acabe.

En otros siglos, ayer,  
cuando en altares oscuros  
se alzaban cantos impuros  
á la guerra ó al poder.

En esas horas sombrías  
en el mundo con fe loca  
dedicó al sol ó á la roca  
sus oraciones impías.

El dolor era una herencia  
que el hombre dejaba en pos;  
era la mano de Dios,  
agitando la conciencia.

El, brotando del pecado  
lanza al mundo su corriente;  
Asia, sintió su potente  
rumbo audaz y arrebatado.

Siempre indómito y cruel,  
en la envidia se agiganta;  
por él, la creación se espanta,  
con el sepulcro de Abel.

Por él del orgullo al vuelo  
los hombres en su locura,

alzan la Babel impura  
pensando escalar el cielo;

Por él los siervos cansados  
viendo sus vidas desiertas,  
sacuden sus almas muertas  
en sus cuerpos humillados;

Y por él en cuanto alcanza  
de la cruz al paraíso,  
se mira un mundo indeciso  
sin luz y sin esperanza.

¡Dolor!... en aquella edad,  
la única verdad del mundo;  
su cauce extenso y profundo  
llenaba á la humanidad.

Él, cuando la Grecia ardiente  
en pos de tanta victoria,  
vió cubierto con su gloria  
todo el viejo continente,

Rugiendo al clamor triunfal  
de tanta pompa mundana  
mató en la mujer pagana  
el instinto maternal.

De Roma bajo el poder,  
también vibró su inquietud;  
hizo al suicidio, virtud;  
á la venganza, placer.

Se eternizó en el peñon;  
trocó al bronce en su trofeo;  
fué su estatua Prometeo;  
fué Bruto su maldición;

Y cuando Roma moría  
sobre su hundido poder,  
el dolor, se hizo placer  
para morir en la orgía...!

Mas el torrente brutal  
detuvo su esfuerzo impuro:  
la cruz fué dique seguro  
de su poder colosal;

Porque Jesús en su amor  
mostrándonos el Eden,  
al hacer eterno el bien  
puso límite al dolor.

Desde entonces, ya no hay duelo  
si la fe vive en el alma;  
tras la pena está la calma,  
como tras la tumba el cielo;



Y el hombre de su fe en pos  
cuando llora se arrodilla;  
pues sabe, que si se humilla,  
está mas cerca de Dios...

Hija del amor, divina  
luz del código cristiano.  
tras del amor soberano  
otro sol nos ilumina;

Sol, que brilló sin fulgores  
en otro mundo sombrío;  
sol que se eleve bravío  
de la cruz á los fulgores;

Astro que á la humanidad  
abrasa en su ardiente llama;  
virtud que la tierra aclama  
al nombre de Caridad...!

¡Caridad...! sol de alegría,  
del amor plácida esposa;  
virtud cuya forma hermosa  
es la forma de María...

¡Deja que tu luz me ayude!  
permite á mi culto ardiente,  
que te bendiga mi frente,  
que mi pecho te salude.

De una edad, hasta otra edad,  
todo tu poder lo abarca;  
te vió el diluvio en el arca  
salvando á la humanidad.

Tu eres luz sobre la luz,  
y cres nombre entre los nombres,  
por tí salvando á los nombres  
murió el señor en la cruz.

Por tí comprendió el Creador  
mundo y cielos al formar,  
que era preciso crear  
para dilatar su amor;

Tu eres la santa palmera  
cuya sombra no marchita;  
eres la estrella bendita  
por la humanidad entera;

Eres el angel que mece  
el blando sueño del bueno;  
dulce madre en cuyo seno  
cabe todo el que padece.

La copa del bien profundo;  
el cielo de nuestro encanto;

la mano que guarda el llanto  
del que llora por el mundo.

«Venid,» murmuras, «tened,  
sedientos el triste lloro;  
yo soy la copa de oro  
que ha de calmar vuestra sed;

Hambrientos, os daré pan,  
desnudos, os daré abrigo;  
para calmar al mendigo  
mis plegarias se alzarán;

Yo soy la rosa que brilla  
sobre el sepulcro sin nombre,  
soy la lágrima que el hombre  
ve rodar por su megilla,

Ante la triste orfandad  
ó ante los grandes placeres;  
porque tambien hay poderes;  
dignos de la caridad...!

Soy el ángel que Dios nombra  
para que sus pasos ciertos  
dirija á los niños yertos  
que me llaman en la sombra.

*La copa del bien profundo;  
el cielo de todo encanto:  
la mano que guarda el llanto  
del que llora por el mundo...!*

Tal es la virtud bendita.  
que mi pobre genio enciende;  
¡feliz el que la comprende;  
dichoso quien la ejerceita...!

Por ella unidos estamos  
mostrando nuestra nobleza;  
á la luz de su grandeza,  
mas grandes nos contemplamos;

Que cuando el génio va en pos,  
de ese sol vivo y fecundo,  
se eleva tanto del mundo,  
que casi se acerca á Dios!!....

*Bernardo Lopez García.*



## CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

María á Fabian.

Debo empezar esta carta, dulce hermano mio, en el mismo punto en que dejé mi anterior, pues ya recordarás que la anciana condesa me llamaba cuando te comunicaba mis pensamientos, y tuve que suspender las líneas que, mas que con la mano, con el alma iba estampando sobre el papel.

Te referia que al asegurar á Horacio en la idea de que yo sola era la responsable de los hechos de la noche anterior habia distinguido á Amelia entre la espesura, ocultando su rostro y vertiendo llanto.

Oh! yo no puedo explicarte lo que esto me impresionó, y como tuve que dominarme para no dar á conocer la emocion que me embargaba.

Temblé por las palabras que pudiera decir Horacio, temblé, por que el timbre de su voz y la alteracion de su rostro al hablarme del pasado, podian revelar á aquella mujer un secreto que empezaba á dejar de serlo para mí, y que aun á mi propia me queria ocultar.

El conde con esa penetracion qué le distingue debió conocer que algo de extraño pasaba en mi alma, pues me preguntó con un acento lleno de afán.

—¿Sufre V. María? ¿sufre V?

—Oh!—murmuré,—los recuerdos que evocamos me hacen daño!

—Tiene V. razon,—esclamó—hay hechos que desgarran el alma. Pero yo la he llamado,—añadió despues de un instante de pausa y tratando de dominarse:—yo la he llamado con un noble objeto, y debo hablarle del motivo de esta entrevista, aunque al hacerlo lastime su corazon, como el hábil cirujano que necesita sondear una herida para curarla enteramente. ¡V. es casi una niña! á venido confiada á habitar bajo nuestro techo, y si por inesperienza ó por candidez, ¿lo comprende V. bien? por inesperienza ó por candidez, puede correr á un abismo, es preciso que alguien ilumine su mente, es necesario que haya un faro que la guíe en el borrascoso mar de la pasion inmensa que hoy domina sin duda su alma.

—Oh!—esclamé yo, sintiendo que sus palabras iban á desgarrar mi corazon con la repension amarga, aunque disimulada y suave. —Oh! esto es terrible, Dios mio!

—María,—dijo el conde acercándose á mí.—María, la mujer es una flor bella, pura, de aroma embriagador y dulcísimo, pero es una flor al fin, á la cual un soplo de viento deshoja, ó un rayo de sol marchita: es un ángel de luz, pero un ángel cuyas alas de blanca gasa se manchan ó se desgarran en breve: ¡ay! entonces de la flor sin perfume! ¡ay! entonces del ángel caido! ¡ay! de aquella que salpica de cieno la casta túnica de su candor y su pureza al cruzar los caminos de la breve existencia!

Oh! Fabian, Fabian mio; tu no puedes saber lo que sufría en aquel momento.

Á cada instante las protestas de mi inocencia acudian á mi lábio, y saltaban de mi corazon con la violencia del torrente que quiere romper su dique.

¡Pero mi lábio se comprimía, mi voz callaba y la mancha quedaba en mi frente!

No sé, no sé que mano me detuvo en aquel momento en la línea que de antemano me habia trazado, por que era horrible poder revindicarse con una frase, y no pronunciarla, y callar y morir!

—Vamos,—añadió él viendo mi silencio;—tenga V. valor, y confieme el nombre de aquel que ama; tal vez aun pueda V. ser feliz... tal vez ese hombre sea digno de su amor.

Yo no habia previsto esta circunstancia y me quedé aterrada.

¿Qué podia decir?

¿Qué nombre iba á pronunciar?

¿Con qué nueva mentira debia manchar mi lábio?

Tan confusa estaba, que no hallaba una sílaba sola con que responder á sus preguntas.

El insistia cada vez con mas empeño, y yo, ya lo comprenderás, yo nada podia declarar.

Sin duda un pensamiento mas terrible que los demás, acudió á la mente de Horacio, pues dando á su acento un timbre extraño,

—Señorita.—murmuró—el amor que de ese modo se calla y se oculta, ó es un amor indigno ó un amor criminal: ¿en cuál de ambos casos se halla V?

—Yo... yo... ¿V. supone? tartamudeé apenas.

—¿Cuando así se empeña en callar cuando así hace de su conducta un misterio, es forzoso que algo la obligue á ello: algo que la avergüence, que la haga estremecer...! Oh! María, María, apártese V. de ese cariño! ¡una pasion culpable, una pasion que reprueba la conciencia...! V. no sabe, V. no puede comprender lo terrible de ella! Si es la mujer la que falta á su deber, si es la mujer la que olvida los lazos que la ligan á otro, será una miserable, será una infame á quien Dios debe maldecir y el mundo despreciar. Si por el contrario, es el hombre el que sin libertad para ello enloquece y fascina á una pobre niña haciéndola promesas que no puede realizar, juramentos que no puede cumplir. Oh! entonces la existencia se tornará en un infierno para ella, el porvenir en una noche sin luz, y en la lucha de aquella pasion imposible, se desgarrará su corazon y sus ojos verterán lágrimas de sangre, sin esperanza, sin paz, sin consuelo.

La voz de Horacio al pronunciar estas palabras tenia algo de terrible y profético que me aterró.

Parecia que su mirada apagada y muerta para las cosas exteriores tenia un poder sobre humano para leer en el fondo del alma desdoblado sus pliegues mas recónditos.

Así al menos lo juzgue yo, y tuve miedo, creyendo que adivinaba los sentimientos mas ocultos de mi pecho: esos sentimientos de quien Dios y tu sois los únicos depositarios.

Abatida y sin fuerzas, me dejé caer sobre el cesped, y en poco estuvo que no me arrojara á



sus piés pidiéndole perdon, de una falta por que no la he cometido, si no de la desgracia que le ha cruzado en mi camino.

En cuanto á Amelia, pude ver su semblante á lo lejos y estaba desencajada y blanca como un cadáver.

Oh! las severas frases de Horacio la habian estremecido tambien.

El conde tuvo piedad de mí.

Se condolió de mi estado y pasando la mano por su frente,

—Perdone V.,—dijo—acaso soy duro y cruel; perdone V. Yo no tengo derecho para hablarla así ni sé por que lo hago tampoco. Á mí pesar mi corazon grita mas alto de lo que debe hacerlo... perdone V.; recobre la tranquilidad, vuelva á su estancia, y otro dia... en otra ocasion y me juzga dignado á ello vuelva á reclamar su confianza. Entre tanto, enjuga V. sus lágrimas, y que nadie sospeche que yo.....

Obedecí procurando secar el llanto y me dispuse á alejarme; pero antes de hacerlo, y obedeciendo á un impulso irresistible del alma.

—Señor conde,—dijo—quizá algun dia sepa V. lo que ahora no puedo revelarle, y entonces verá que la pobre María, de cuya suerte tiene V. la generosidad de ocuparse, no es tan culpable como puede creersela, y vale algo mas que lo que hoy aparece!

No quise proseguir: me arrepentí de mis palabras apenas acabé de pronunciarlas y hui de aquel sitio temiendo que Horacio me exigiese la explicacion de ellas.

Al cruzar por una calle de Acacias cercana, me encontré con Amelia que me esperaba sin duda.

—Todo lo he oido,—me dijo,—no olvide V. que la espero esta noche!

Y sin aguardar mi respuesta se deslizó entre los árboles y se dirigió al sitio en que habia quedado el conde.

Un momento despues, y desde la ventana de mi cuarto les ví pasear, contemplando por largo rato destacarse el vestido blanco de Amelia sobre el fondo verde de los árboles.

Despues... despues cai de rodillas pidiendo á Dios que su luz descienda al espíritu de esa mujer pues ella sola tiene derecho á hacer feliz al hombre por cuya ventura estoy resuelta á sacrificarme.

MARÍA.

## VARIETADES.

### UNA MEDALLA DE LA VIRGEN.

En 1837, en el sitio de Constantina, un jóven oficial francés fué derribado por una bala que le dió en mitad del pecho. Sorprendido de sentirse aún con vida tras semejante choque, se lleva la mano á la parte contusionada, y comprueba, con alegría fácil de comprender, que no ha recibido lesion alguna. Pudiendo apenas creer tamaña dicha, se palpa en todas direcciones y encuentra debajo de su ropa la bala que habia dado con él en tierra. Estrecha piadosamente la bala cual reliquia gloriosa, y congratulándose por la solidez de su estérnon, vuelve al combate, lleno de nuevo ardor. Mas en

breve le detiene una segunda bala en la pierna. Esta vez la herida fué más grave; hay que llevárselo del campo de batalla, y la curacion fué tan lenta, que obtuvo una licencia mientras convalecía, y pudo regresar á Francia. ¡Cosa extraña! al examinar la bala vió impresa en ella la huella de una medalla que se habia grabado en el plomo, como un sello en la blanda cera. ¡La bala habia dado contra una medalla que una madre piadosa habia suspendido á su cuello para preservarlo del peligro! La medalla habia desempeñado muy bien su papel. Pero ¿cómo habia podido grabar su imagen en el metal á través de sus ropas? Era un hecho que nuestro jóven oficial tuvo que declarar inexplicable, contentándose con aprovecharlo sin ocuparse más en él.

Al finalizar el tiempo de su licencia, fué á París. Era en las últimas semanas de la Cuaresma y además del deseo de volver á ver la capital, no le pesaba al jóven librarse de la austeridad con que observaba la abstinencia en la casa paterna.

Una tarde sorprendióle un chubasco en las inmediaciones de Nuestra Sra. de las Victorias, y entró en la iglesia para buscar un refugio contra la lluvia. El cura refería desde el púlpito algunos de los hechos extraordinarios, de las curas milagrosas obtenidas por la intercesion de la Santísima Virgen. Las paredes del templo estaban literalmente entapizadas de ex-votos y placas conmemorativas, cuya explicacion exigiría volúmenes.

El oficial, que escuchaba al principio con aire distraido, presto en breve mas atencion á lo que oía: aquellas historias le recordaban la suya. Se sonreía y decía para sí: «¡Ah! señor cura, si supiera Vd. lo que me ha sucedido, ¿que diría?» Al fin como impulsado por una fuerza misteriosa, cuando el Sacerdote se dirigió á la sacristía fué á su encuentro y le dijo:

—¿Por ventura cree Vd. señor Cura, en todo cuanto acaba de referirnos!

—Ciertamente, caballero; todos esos hechos son completamente auténticos; he sido personalmente testigo de varios de ellos, y debo los demás á personas dignas de toda confianza.

—¿Y á eso llama Vd. milagros?

—Son por lo ménos hechos muy extraordinarios, en los cuales nos parece imposible no ver la intervencion del poder divino; debido á la intercesion de la Santísima Virgen.

—¡Pero, entonces, lo que me ha sucedido es un milagro!

Y le refirió la historia de su bala y le enseñó la bala y la medalla que llevaba siempre consigo.

¿Que pasó despues entre aquellos dos hombres? Sin duda el Sacerdote hizo comprender al soldado que su hueso, por sólido que sea, no se halla en estado de resistir una bala, sobre todo cuando esta posee bastante fuerza para aplastarse contra una delgada hoja de metal; que aquella impresion inexplicable, hecha á pesar de la interposicion de los vestidos, no podia mirarse como un hecho natural en apariencia, que le habia conducido á aquella hora á aquella iglesia, por decirlo así á pesar suyo, podia tambien ser considerado con razon como una gracia especial, etc. En suma, el oficial se sintió conmovido; cayó de rodillas y se confesó.

Poco despues pidió su retiro y se encaminó á Roma. Allí entró en el Seminario francés, y pocos años despues se le ordenó de Sacerdote.

Quiso entonces regresar á aquella tierra de Africa, regada ya con su sangre; pero no ya espada en mano y para imponer por la fuerza la dominacion francesa; su arma era un Crucifijo, é iba á llevar á los pobres negros, á las poblaciones mas salvajes y mas degradadas de la tierra, palabras de paz y de redencion. El jóven oficial herido en Constantinopla y condecorado con la Legion de honor no era otro que el venerable Padre Papetar, Vicario general de las misiones africanas, que acaba de morir en Niza, á donde sus superiores le habian enviado para tratar de restablecer su salud, estragada por tantos trabajos, padecimientos y fatigas.

(Revista Popular.)

GRANADA:—Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26.